

Historia de una vida feliz



Cuento inédito

Dr Enio Zeirith Rojas Alfaro.

Profesor Emérito U.C.R.

Agradecemos a su hija Roxana Rojas Cerna, Especialista en Psicología Clínica, por autorizar su publicación.

Me creerían ustedes si les dijera que yo no sé cómo llegué a este mundo? Claro que yo puedo razonar, basándome en las enseñanzas de mis padres y de la vida y concluir algo acerca de por qué estoy aquí. Pero, que yo por mis propias vivencias, pueda recordar cuándo y por cuales motivos aparecí en la Tierra... imposible. Lo cierto es que algún día, me percaté de que yo era yo y de que estaba aquí. Y desde entonces vengo aprendiendo más y más acerca de mi persona y de lo que me rodea. Poco a poco me fui enterando de que yo no sólo vivía aquí, sino también en el tiempo; yo estaba viviendo una vida que comenzó en algún momento y lugar ignorados y que se dirigía a otro momento y sitios desconocidos. A pesar de que no conocía esa trayectoria, yo continuaba esa marcha desde ¡no sé dónde! Hacia un ¿quién sabe?

Mis padres y otras personas, me dijeron que, para vivir, debemos trazarnos un camino; aprender a trabajar; evitar

que nos hagan daño y cuidarnos de no perjudicar ni a los otros seres humanos ni al resto de nuestro ambiente. Que debemos ser buenos, para que Dios nos quiera. Aquel vasto paisaje que se abrió como un amplísimo camino conducente a un infinito número de rutas, comenzó a estrecharse apresuradamente. No sólo había que escoger un camino, sino que, para recorrerlo correctamente, se hacía necesario cumplir con algunos requisitos muy difíciles de satisfacer. Toda mi vida me la pasé tratando de no perder el rumbo. Algunas veces me extravié; muchas caí; pero, aunque a veces se llore, no hay otra opción que levantarse y seguir. Tal es la vida.

Durante mi niñez, mis padres me dieron todo y me señalaron el camino. Un día me hicieron ver que yo debía seguir mi propia ruta; así comenzó mi separación de ellos. Y así marché hacia mi desconocido destino. La vida me recuerda una carrera de Maratón, en la cual muchas personas marchan cercanas unas a las otras, pero cada cual es un ente aislado. Algunas personas ponen su corazón en el intento por llegar primero que los demás, ¿sepa Dios para qué? Pero la



gran mayoría simplemente trata de llegar lo más lejos posible. Y así, todos esforzándose al máximo, van sufriendo sus dolores personales sin darse cuenta de los del vecino. De cuando en cuando, una mano amiga les regala un líquido que calme su sed. Imagino que cada corredor se ha de sentir muy solo.

La soledad es terrible. Yo tuve la suerte de que mi camino cruzase la senda de otra persona. Conversamos un poco, yendo en la misma dirección. Nuestra velocidad disminuyó. Noté que al unirse nuestros dos caminos, estos se volvieron un jardín. Ahí descansamos un poco y pronto decidimos que ya no queríamos continuar aquel andar solos. Nos tomamos de la mano y reanudamos nuestra jornada. El sendero volvió a estrecharse muchas veces más, pero, importaba mucho menos: ya no estábamos solos.

Una vez más detuvimos nuestra marcha; así como de la nada, apareció otro ser, pequeñito. Ya no éramos dos, sino tres. Varias veces debimos detener nuestro paso para recibir la aparición, siempre maravillosa, de otra nueva personita. Cada uno de estos milagros nos trajo muchas sonrisas y también lágrimas. Y por supuesto que nos olvidamos de hacia dónde íbamos.

Aquellas personitas crecieron y a su vez tomaron por senderos diferentes. Nosotros siempre las seguimos con nuestra miradas, y cuando eso no fue posible, con nuestros corazones. Y esas personitas, ya maduras, produjeron

otros milagros. Y así será siempre: por más que esas misteriosas apariciones se repitan miles de veces, siempre serán maravillosos milagros.

Pero, ¿y nosotros? De pronto, pudimos mirar de nuevo nuestras vidas y repetimos aquella pregunta: ¿Hacia dónde vamos? Creo que todavía no lo sabemos. Aunque ahora podemos formularnos la pregunta de modo distinto; ¿No será que lo importante no es la meta final sino el recorrido ya andado? Yo me cuestiono si, para conseguir cualquier meta, estaría dispuesto a reiniciar mi camino, prescindiendo de todos esos seres que me acompañaron en la vida. La respuesta es un rotundo no.

¿Entonces? Vuelvo mis ojos a esas personas que me han acompañado por ese camino largo y difícil. Recuerdo que algunas veces nos hemos preguntado si fue correcta la decisión de caminar unidos...

Nos miramos y, sin hablar, nos tomamos de la mano y caminamos de nuevo, viniendo de no sé dónde y yendo quién sabe adónde. Y nuestro sendero vuelve a ampliarse y reaparece el jardín; esta vez con pocas flores, ya marchitas y un dulce aroma de recuerdos. Y vamos caminando.

En algún momento, uno de los dos caerá para no levantarse más. El que quede, luchará porque así no sea. En vano. Llorará y le rogará a Dios que le ponga fin a su jornada ahí mismo. Probablemente,



eso no ocurrirá. Seres queridos vendrán a darle ánimo. Y la persona sobreviviente se sentirá nuevamente empujada a reanudar su ruta; hará caso y casi automáticamente, retomará el camino de la vida. A ratos, contemplará su descendencia y sonreirá. Pero esa sonrisa muchas veces llevará un trasfondo de tristeza. Los años irán cerrando sus oídos y sus ojos y así se irá alejando poco a poco de todo. Ojalá que en algún instante sus ojos, cansados de los ruidos de este mundo, perciban un aletear de ángeles; y que sus fatigados ojos puedan, más que ver, adivinar una luz celestial.

Ojalá-Ojalá. Pero, mientras tanto, arrastrará sus pies lentamente, al tiempo que escucha una voz interna que repite: “Camina. Camina...”